**Domingo del santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo (A). 18.06.2017: Juan 6, 51-58.**

***“Yo soy el pan… Yo soy el vino… Yo soy…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Sugiero mantener despierta la atención a la lectura del texto del Evangelio de este domingo día dieciocho de junio en las celebraciones de la misa santa o eucaristía. Creo que esta lectura comenzará, más o menos, **“En aquel tiempo dijo Jesús: Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan… si no coméis la carne… si no bebéis la sangre…”**(Juan 6,51-58).

El texto sonará bien a los oídos de quien lo escuche. No creo que nadie se moleste en esos momentos en recordar de dónde está tomada esa lectura. Ya acabo de escribir por dos veces en este comentario que esa lectura pertenece al capítulo sexto del Evangelio de Juan, el cuarto y último que se escribió hacia finales del siglo primero. ¿Es importante sabes esto? Para muchos, no. Para más de uno, sí. Por eso me atrevo a sugerir que se preste atención doble a qué se va a explicar de este texto en las homilías que harán siempre los celebrantes.

Ya adelanto que las palabras que se nos van a leer como pronunciadas por Jesús de Nazaret no fueron dichas por él. Al leer esto, muchos pensarán que estoy manipulando el mensaje y las certezas que siempre se nos han transmitido como verdades de nuestra fe católica y del Magisterio. Pido, una vez más, un poco de respeto para con el texto del Evangelio de Juan. La selección del texto es tan manipuladora que no soporta ni una mínima lectura literal del relato.

Vuelvo a repetir que estos versículos (51 a 58) pertenecen al capítulo sexto del evangelio de Juan. Por eso merece la pena leerse el capítulo completo. Y varias veces. Es tan impresionante lo que se expresa en este capítulo que, si nos parásemos a tomárnoslo en serio, muchas realidades eclesiales-eclesiásticas se sonrojarían avergonzadas. A modo de ejemplo sugiero leernos el versículo 59, justo el que continúa el relato de lo que se nos leerá: *“Esto lo dijo Jesús mientras enseñaba en la sinagoga de Cafarnaum”* (Juan 6,59).

Si leemos en los tres evangelios Sinópticos -Marcos, Mateo y Lucas- lo que Jesús hace y dice en las sinagogas de Cafarnaún nunca encontraremos esas palabras que se nos van a leer en la fiesta del domingo del Cuerpo y la Sangre de Cristo. La famosa fiesta del Corpus Christi. O, sencillamente, ‘el Corpus’. Cada vez entiendo y siento que esta fiesta es poco evangélica, es inmensamente católica y alguien la fue sembrando en el corazón de la religiosidad popular y ya no hay manera de comprenderla como se comprende y se expresa en los cuatro Evangelios. Creo, creo que Jesús nunca dijo de sí mismo que ‘él era el pan bajado del cielo’ (Juan 6,51).

Es muy cierto que Jesús de Nazaret comió pan y bebió vino y que lo hizo con quienes no se debería hacer, según su religión judía de entonces. También es cierto que comió y bebió cuando no se debía hacer y donde no se debía comer y beber así. Comió y bebió de forma tan irregular y desobediente que llegó a decirse de él que era ‘comilón y borracho’. Lo que pone el Evangelista Juan en labios de Jesús fue entonces tan blasfemo para los justos-piadosos judíos como decir hoy dentro de la santa iglesia católica que Jesús está, real y verdaderamente presente y vivo en cada una de las personas que respiran y viven, sobre todo, en las que se quieren y aman, y no en ninguna otra consagración o transustanciación o transfinalización o transmutación o transmigración. Diría él: Estoy donde dos se aman (Jn 13,35 o Mt 18,20).

**Domingo 30º del Evangelio de Marcos (18.06.2017): Marcos 8,27-30.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Este texto de Marcos 8,27-30, según mi modesta crítica lectura de creyente, es el cerebro del Evangelio que escribió María Magdalena (leer ahora el texto que empieza en Marcos 15,33 y que acaba en 16,8). Esta mujer, posiblemente más acompañada que en solitario, se encontró con Jesús de Nazaret en la vida de éste, en su mensaje, en las tareas que realizó en su pueblo de Nazaret, por su tierra de Galilea y por el país judío sometido al dominio de la presencia de Roma y al poder de Jerusalén y de su Ley, Templo y Sacerdocio.

Y ante este hombre, un tal Jesús de Nazaret, tan de carne y hueso como tantos hombres judíos, se preguntó en más de una ocasión ¿quién es éste? ¿Por qué hace y dice todo cuanto le estamos viendo y oyendo? Y, sobre todo, ¿cómo es posible que acabara sus días como un blasfemo injustamente apresado, condenado y ejecutado en una cruz y sepultado? ¡Una persona como este hombre de Nazaret es imposible que acabe en el silencio de la muerte! Yo lo he conocido y a mí no se me morirá jamás. Ni a mí, ni a cuantos quieran ser y vivir como él vivió y existió: *“¿Quién dice la gente que soy yo?... Y según vosotros, ¿quién soy yo?”* (8,27-30).

Al leer estas dos preguntas, ¿cómo olvidar lo que leíamos en el final de este relato: *“Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado… Estuvo y vivió en Galilea. Permanece allí. Buscadle allí. Allí lo encontraréis y veréis. No tengáis miedo…”* (16,6-8). Galilea, la redonda tierra alrededor de su lago-mar, es ¡también! cada una de las personas que se encontró con aquel Jesús, el judío y laico tan sorprendentemente novedoso, humanizado y liberado como liberador y humanizador… Él fue aquella buena noticia que se esperaba. O, la buena noticia, el Evangelio aquel del que hablaron algunos pocos profetas de nuestro pueblo... ¡Y tan distinto!

Este hombre -su persona, su vida, su mensaje, su misión- respiró con nosotros, compartió su manera de ser y estar. Se nos apareció en cada día de su vida con nuestras vidas y permanecerá en nosotros, dentro de cada uno. Siempre. Y esto es lo que hemos vivido, y lo que nos hemos contado y escrito. Y así lo seguimos haciendo mientras respiramos y cada vez que nos lo compartimos.

Junto a esta realidad de la presencia viva de Jesús de Nazaret tan significativamente luminosa existe y convive un peligro inmenso, una tentación seductora: la divinización. Después de su acabamiento y en los días interminables de la presencia desoladora de su ausencia comenzamos a sentirlo como el único, el más bueno, el mejor, el más fuerte, el mesías, dios: *“Pedro respondió: tú eres el Mesías. Entonces, entonces, entonces… Entonces Jesús les ordenó prohibitivamente que no dijeran nada de todo esto a nadie”* (Marcos 8,27-30).

Los especialistas dicen que estas palabras -sobre todo ese ‘les ordenó-prohibió’- puestas en boca de Jesús son las mismas con las que se encaró frente al enfurecimiento de la tempestad en el Mar-Lago (4,39): *“Cállate. Enmudece”.* Estamos en el centro del Evangelio. Conocemos bien la mitad del relato. Nos queda por leer la otra mitad. Y este trabajo no es otro que re-conocer a Jesús de Nazaret en su humanidad sin caer en la tentación de hacerlo dios, el único. Ya lo advirtió la narradora MM en la primera línea: *“Evangelio de Jesús, mesías e hijo de Dios”.*